

## Montevideo, Cittá dolente. A propósito de *Huerco* de J.P. Bellan

Patricia Núñez  
Instituto de Profesores “Artigas”

Así como el poeta Dante Alighieri elige la imagen “cittá dolente” para re/presentar el infierno en su *Comedia*, otro autor concibe entramados los mundos urbanos e infernales. El primer libro de relatos de J. P. Bellan (1889- 1930) publicado en 1914, se denomina *Huerco*, título que desde la intertextualidad con la mitología romana identifica al lugar donde iban los muertos y que por extensión designa a aquellos que sufren, lloran, están marcados por la tristeza y retirados en la oscuridad; este libro será el pretexto para reflexionar sobre cierta literatura donde la ciudad y el infierno parecen ser una misma cosa. Entonces, ¿qué espacios se identifican? ¿Cómo son los seres que recorren esas calles? ¿Qué deseos los agobian? ¿Lasciate ogni speranza voi ch’entrate?

La obra surge en pleno proceso de modernización, transformación y embellecimiento de la “Atenas del Plata” prefigurando lo que será una constante en la producción literaria de Bellan: el protagonismo de la ciudad de Montevideo construida en su carácter paradójico y mudable, capaz de dar vida y muerte a la vez, espacio privilegiado del fenómeno que está en el centro de la condición moderna: el encuentro violento entre el mundo interno del individuo y el mundo externo de la sociedad y las ciudades. Desde tal perspectiva el ámbito urbano y la ciudad propiamente dicha se vuelven el espacio donde se instala la pugna que constituye el drama de unos personajes cuyas casas esconden intimidades perturbadas por un afuera que no siempre los asimila. De los trece relatos incluidos en *Huerco*, doce muestran devenires urbanos.

Entre la década de 1880 y la de 1930 se establece el momento en que las ciudades fueron, sobre todo, el escenario en el que los grandes cambios sociales se advirtieron mejor y, en consecuencia, donde quedó más al descubierto la crisis del sistema interpretativo de la nueva realidad. (Romero, 2011 p. 380) Montevideo cambiaba ante los ojos de sus habitantes en esos años; los montevidianos asistieron a la trasmutación del espacio y los artistas lo plasmaron en sus obras. Ángel Rama (1998, 77) considera que hubo una “generalizada experiencia de desarraigo”, los habitantes establecidos “veían desvanecerse el pasado y se sentían arrojados a la precariedad”, en cambio los nuevos ciudadanos recién arribados del exterior “carecían de vínculos emocionales con el escenario urbano que encontraban [...] Eran previsibles los conflictos y la literatura de la época los reflejó”.

En las ficciones bellanianas Montevideo es una máscara, la “Atenas del Plata” encubre una

realidad escindida. Por un lado es un paisaje en construcción y expansión donde automóviles, tranvías y coches transitan por avenidas y ramblas junto a plazas, “templos laicos”<sup>1</sup>, clubes y parques que hicieron de la capital una urbe cosmopolita en la que se daban cita la agitación obrera, “la paquetería burguesa”, los fastos religiosos, los mítines políticos, etc. El otro lado de la moneda lo configuran las residencias familiares, devenidas baluartes del “disciplinamiento”. Barrán (2008, p. 15-25) establece en este período el surgimiento de una nueva moral, una moral personal “ya no dependiente de las normas defendidas por los colectivos, Iglesia Católica, Sociedad, Estado, sino de las normas acuñadas por los individuos y su razón” donde lo íntimo alude a la interioridad psíquica del sujeto, “refugio del yo ante las intemperancias del ‘afuera’”. La contradicción abierta entre la moral proclamada en ese tiempo y la que en los hechos se vivenciaba es ejemplo de esas pugnas y a la vez una señal del cambio de valores que se producía en la época. Tensionado por un ritmo vertiginoso e imposible de esquivar, el urbanita (el término es de George Simmel) comienza a configurar un tipo de personalidad moderno, indiferente y reservado, constituyéndose como una nueva subjetividad marcada por el patrón urbano.

Si bien no es el único ni tal vez el primero en ocuparse del universo urbano, la excepcionalidad de la narrativa de Bellan radica, entre otros aspectos, en que toda ella se vuelca a dicho mundo, descubriendo en la ciudad una realidad cercana digna de ser contada. Los personajes de los relatos, anodinos, grises, impotentes, capaces de actitudes volubles, ambiguas y contradictorias se configuran con identidad urbana, su manera de ver el mundo y de desenvolverse en él, concuerdan con su pertenencia a la ciudad. A la vez los espacios urbanos cobran forma a partir de la manera en que esas personalidades experimentan su cuerpo. Son personajes delineados desde su intimidad, entendida como aquello que no se agota en los problemas del alma, sino que alude también al cuerpo en diferentes formas, sus placeres y sufrimientos, hasta sus enfermedades. (Barrán, 2008, 31)

### **La “perduta gente” de los relatos de *Huerco***

Los protagonistas de esta obra son trazados a través de escasos rasgos físicos o externos determinantes y salvo excepciones, pertenecen a la alta burguesía capitalina. Están hermanados en una conflictividad ética que tiene como centro la imposibilidad de satisfacer sus deseos, sean de la

---

<sup>1</sup> Así se designó en su momento a las grandes obras públicas que se construyeron en tiempos del Centenario como por ejemplo el Palacio Legislativo o el Estadio Centenario.

índole que sean. Según la mayoría de las fuentes la etimología del término desear encierra la idea de carencia o “errancia”, Bataille (1997, 17) dirá “zozobra”. En su relación con el origen desiderare, quien desea dejaría de ver su camino en las estrellas (sidus – estrella), es quien busca y no encuentra. En su relación con el término tomado del latín clásico: desiderio, quien desea se comporta con indolencia, voluptuosidad (de-sideo, inactivo). Desde ambas perspectivas el deseo sugiere el desasosiego y la ansiedad y “delata la vulnerabilidad del deseante”. (Bourdalois, 2006, 120-121). Esto encierra a los personajes de *Huerco* en particular, pero de la obra bellaniana en general, en la soledad e incomunicación llevando a algunos a mostrarse perversos o yermos. Una misma zozobra caracteriza tanto a personajes masculinos como femeninos, hay hipócritas, suicidas y asesinos pero en todos los casos sus impulsos y deseos van cartografiando la ciudad a través del periplo de sus historias.

“Mi ruina” es el relato que abre el volumen y que de alguna pone en contacto los hilos ficcionales de los relatos que traman el libro. En este cuento se plantea el conflicto que recorre la mayoría de las historias: el paisaje urbano que deviene paisaje interior y que conecta con la esencia de un ser perturbado y atrapado por algún deseo. El texto es narrado en primera persona, intensificando la interioridad de un protagonista espectral, errante, que concentra en su peripecia el conflicto del individuo moderno tal como lo hemos planteado:

“[...] buscaba mis lugares, mis calles y mis caminos. Toda la ciudad se abría ante la luz, entre el mar y los árboles [...] Crecía el murmullo y se hacía el ruido por toda la ciudad [...] y eran ya en la realidad, el trabajo, el hambre y la estulticia.” (Bellan, 1914, p. 5)<sup>2</sup>

El universo evocado que comienza definido y reconocible: un estanque, una “reja antigua” lugar de encuentro de furtivos amantes, va tiñéndose de ambigüedad deviniendo paisaje pesadillesco y paulatinamente el personaje se va desrealizando detrás de una voz fantasmal que se concentra en dar cuenta de su deseo obsesivo de preservar su intimidad y apartarse de todo y de todos. La presencia física de los otros seres humanos es sentida como algo amenazante que recuerda la evocación del “lejos de ellos” de Baudelaire en “Recogimiento” y que lleva a lo único que se impone: la “ruina”. El relato se cierra con la disolución del ser en su deseo de exilio: “Húndeme en tu silencio para no salir más o difúndeme por el espacio... ¡Por favor... que se acercan!”... (p. 7) Este

---

<sup>2</sup> Todas las citas corresponden a la edición de O.M. Bertani editor, Montevideo, 1914.

relato presenta cierto paralelismo con el que cierra el libro por lo que considero que funcionan como un marco para las otras historias que forman parte del volumen.

Los espacios plasmados o aludidos en las ficciones no son únicamente lugares donde transcurre la acción, como se ha discutido, sino sobre todo campos de batalla en los que quedan retratadas las luchas de poder, así como el lugar que el deseo, el sexo, el matrimonio y el amor ocupan en la Montevideo narrada. Dos espacios son reconocibles a primera vista en los relatos: el de lo público, en estrecha relación con los personajes masculinos y el de lo privado, ámbito por excelencia reservado a los personajes femeninos. Suelen aparecer en forma independiente y separados, cuando se ponen en contacto es por la búsqueda de la satisfacción de algún deseo. Los relatos “La otra faz”, “Perfiles de maridos”, “El momento”, “La Bestia” y “Humano” y en menor medida “Yermo” y “Vía Libre” forman el grueso de la narración que concentra su acción en la problemática planteada exponiéndola con tintes melodramáticos, grotescos, absurdos o macabros. A los personajes de estos relatos los aúna el agobio de sus deseos incumplidos, inexpresados o inexpresables y un estado de ensoñación que los lleva a cavilar en clubes, cafés, plazas, o en la oscuridad de calles y habitaciones. Partimos de la idea de que la presencia del erotismo y el deseo generan una crisis en el orden donde se manifiestan. En la sociedad del Novecientos, la que aparece como trasfondo de la obra estudiada, lo que estaba en tela de juicio “era el lugar del deseo” (Barrán, 2005, 103). En alguna de esas circunstancias estos sombríos personajes de atormentada psicología suelen enfrentarse a su desolación y ésta se les clarifica, cual un episodio epifánico, o experiencia reveladora que pone en evidencia su verdadera identidad.

En el cuento “La otra faz” el protagonista

“Rodolfo Mendeville dejó el Club a la una de la mañana y rehusando el carruaje que se le ofrecía, atravesó la plaza Independencia, a pasos lentos [...] Hallábase sorprendido de sí mismo. Nunca hasta entonces habíasele ocurrido dejar el juego tan temprano, prescindir del coche y descuidar su línea. [...] se agobiaba por momentos, como vencido por una carga demasiado pesada para su vida correcta y elegante. [...] Al pasar por la plaza Cagancha buscó uno de los bancos menos visibles y se sentó en él. [...] Largo rato estuvo así [...] dominado por preguntas incesantes y caprichosas. Le parecían voces de otro ser...” (p. 9-10)

En la lucha establecida entre los diferentes poderes que intentan la hegemonía sobre el individuo, éste lleva adelante su propia batalla, contra las potestades del afuera: la sociedad y sus

convenciones morales, religiosas y de la propia familia; pero también contra las potestades del interior: la auto represión. A Mendeville se le revela su propia circunstancia, algo altera su statu quo y es en su transitar por la ciudad que lo visualiza:

“Hacia tres años que se había casado y de la intimidad de su esposa solo conocía su desprecio [...] La conservaba por fórmula. [...] Pero aquella noche contra su voluntad contra sus carne, contra sus mismas convicciones, sus sentimientos de rebelión se doblegaron.” (p.11)

En este caso el protagonista logra descentrarse del mandato patriarcal, enfrentar su propia hipocresía y la de su esposa, Matilde, que tiene un amante. De alguna manera entiende y reconoce su lugar en una relación fingida, sustentada en apariencias para contentar una opinión ajena, que obliga a la impostura. En la habitación a oscuras donde Matilde estupefacta asiste a su epifanía le propone: “Es menester que desvanecemos este estúpido embadurnamiento: hogar... familia... marido... Yo siento que tu espíritu no se entregará jamás”. (p.13)

En el centro de confluencia de los discursos, sobre todo los de la Iglesia y el Estado (que liberaban su propia guerra pero no eran los únicos), el deseo sexual fue disciplinado gracias al control ejercido desde el púlpito y el confesionario por la primera y desde las escuelas, consultorios y cámaras legislativas por el último. Tanto el mandamiento bíblico: “No cometerás adulterio” como el matrimonio civil obligatorio (buscando seguir con los dos centros de poder del momento) encierran a la sexualidad en su marco lícito: el matrimonio.

Los relatos “Perfiles de maridos” y “El momento” ponen en tela de juicio la validez de lo institucionalizado presentando la paradoja a la que se enfrentan los personajes quienes no parecen encontrar dentro de lo establecido un correlato a sus deseos. El primero de ellos presenta el conflicto desde la mirada masculina: los amigos Adolfo Barrés y Pablo Ramírez.

“Estaban en La Giralda en redor de una de las mesas colocadas en la vereda por el lado de la Avenida. Era sábado y acababa de ser las ocho de la noche. La multitud que llenaba las aceras iba invadiendo la plaza, desde donde se dividía para atollar los teatros, los cafés y los arrabales. [...] Hasta en los rincones, la gente gesticulaba y bebía, ávida de noticias, de comentarios, de chismes.”(p.37)

En su ámbito “natural” estos personajes reflexionan sobre el tema del matrimonio y las

mujeres. Ramírez se muestra escéptico y muy cínico tanto de uno como de otras, su discurso encierra un perceptible resentimiento y cierto patetismo que busca esconder en palabras burlonas y ofensivas, el narrador apunta: “Nada le era tan cómico como el marido engañado. [...] Para él, el suceso del amor era una manifestación del acto de engañar.” (p.40)

Barrés, quien anuncia que va a casarse, es presentado a través de una “risa burda” y actitudes denigrantes como buscar faldas y babearse “asquerosamente”. Su opción por el matrimonio parece ser el corolario a una vida frívola, tal vez de excesos, que ya no puede sostener porque su físico no lo acompaña. Entre ellos se establece una mal disimulada rivalidad que se disfraza de complicidad en tanto comparten un discurso discriminatorio acerca de las mujeres, a las que tratan y consideran como de su propiedad y que solo pueden ver en dos categorías extremas: “las cocottes” “llave de la vida” al decir de Ramírez, o “las mujeres decentes” que le merecen un juicio no muy favorecedor: “tienen tantas zonzeras que solo pueden contentar a los imbéciles” (p.38), dentro de las que se encuentra, según Barrés su prometida: “verdadera muchacha del hogar”. (p.39) Esta mirada bien puede dialogar con los juicios que Herrera y Reissig espetaba desde su las tolderías del Tontovideo.

También en este relato el ámbito urbano define los vínculos; mirando a la plaza estos personajes interactúan con las mujeres que transitan, a la vez Barrés cuenta como controla a su prometida ante posibles infidelidades esperándola en ciertas esquinas o calles. Pero hay un pasaje en que la ciudad, Montevideo deviene espacio de exclusión, ya no de control. Ramírez vuelve a narrar, como es su costumbre, rodeado de amigos y en el café de turno, la suerte que le tocó a una de sus conquistas: “una rubia”, “Amalia Rodríguez”, “la muchacha cayó y la hice mía”, “tuvo que abandonar Montevideo”. La ciudad que habilita los encuentros, favorece también la expulsión. Es evidente que para este personaje el matrimonio es algo impensable, pero paradójicamente lo inquieta. Ante la pregunta de Barrés sobre su posible casamiento Ramírez reacciona nerviosamente, la turbación lo delata, no parece ser tan indiferente al tema como su discurso y actitudes pueden dar a entender. El relato se cierra con los dos personajes sintiéndose del mismo “bando”, salen del brazo tras una mujer que cruza la plaza, el ámbito urbano los cobija en sus paradójicas circunstancias, en su vulnerabilidad, no solo ellas eran presa de prejuicios y presiones, para ellos también hay un modelo a seguir, lo quieran o no.

En el contexto epocal un mundo de individuos buscaba su lugar por encima del poder de la familia, buscaba su derecho a la intimidad, a sus secretos. Recordemos que para Barrán la vivencia en soledad de los deseos ejemplifica “el derecho a tener una moral personal”, que no obedece a las normas sustentadas por la sociedad patriarcal. En los textos de Bellan la fragilidad de los seres

deseantes no parece acompañar esa época de transformación y los nuevos valores que surgen a la par de la modernización, tal vez los tiempos cambiaban pero no así las costumbres ni los modelos ni mucho menos las mentalidades.

En el relato “El momento” son dos hermanas las que dialogan sobre sus deseos y la vida en matrimonio. Se encuentran en “la azotea de su casa, una casa sencilla, de dos pisos, edificada en la Avenida Agraciada, a cien metros de la Iglesia y en la parte más alta de la colina”. (p. 53) El narrador presenta a las jóvenes como antagonistas, Teresa es idealista y sensible, sueña con un novio: “Aun no era nadie, pero lo amaba” (p.56). Elvira, por su parte ya ha tenido novio y parece tenerlo aunque comenta un posible encuentro con otro hombre en el parque a la noche, para lo que necesita de la complicidad de Teresa. El tema del matrimonio las enfrenta, Elvira erosiona todas las certezas que Teresa ha edificado en su errancia respecto de la vida de casada enumerando las desagradables circunstancias que sus conocidas han tenido que enfrentar: “Me da fiebre saber como viven mis amigas. Sufren las humillaciones sin pestañear”. (p.61) y agrega: “Si yo tuviera una base segura. Por ejemplo una renta que cubriese mis gastos, entonces me reiría de todos los maridos” (p. 61) Mientras miran desde lo alto la avenida, al sentir el sonido de las campanas, estas mujeres sufren las consecuencias de una educación y unos valores impuestos que las obligan a la evasión y a la apariencia, no hay escapatoria para ellas. Si pensamos en algunos personajes del mundo femenino de Bellan, podríamos decir que hay una suerte que parece hermanarlos: son mujeres angustiadas y condenadas a la soledad pero sobre todo a la impostura. La mirada del varón las construye y se construye a su vez frente a mujeres peculiarmente descentradas con respecto a los cánones determinados (por ellos) para la época. Estas heroínas, si así podemos llamarlas, están dispuestas a degradarse y a fingir puesto que no parece haber otra opción en un mundo donde los roles están preestablecidos y se sustentan en construcciones culturales que dividen maniqueamente a las mujeres por un lado en “buena madre y virtuosa ciudadana”<sup>3</sup>, esposa casta, joven virgen, viuda abstinenta y por otro en prostitutas, adúlteras, alcahuetas, trasgresoras “cocottes”. Esta clasificación descansa en la vida íntima, privada y los cuerpos de estas mujeres tal como el varón los requiere y aquí lo interesante: como otras mujeres se encargan de reproducir.

Bataille (1997, 23) establece que “lo que está en juego en el erotismo es siempre una disolución de las formas constituidas [...] una disolución de esas formas de vida social, regular, que

---

<sup>3</sup> Título del libro de Lourdes Peruchena donde realiza un lúcido estudio desde la perspectiva de género sobre la maternidad y el rol político de las mujeres de las élites montevideanas previas al 900.

fundamentan el orden discontinuo de las individualidades que somos. [...] Nunca hemos de dudar que, a pesar de las promesas de felicidad que la acompañan, la pasión comienza introduciendo desavenencia y perturbación. Los relatos de Bellan están marcados por esa idea del erotismo; en mayor o menor medida dan cuenta de esa “perturbación” donde el individuo pone en juego su libertad pero también su represión. El relato “Humano” pone en evidencia un aspecto de lo erótico donde la experiencia límite entronca con la violencia, la violación y la muerte. Anticipando lo que será el núcleo narrativo de “La realidad” pero que es el eje de buena parte de su narrativa, el texto muestra una vivencia dual del erotismo. El protagonista, un reo condenado cuyo abogado es quien narra los hechos, se ve agobiado por la vivencia antagónica de un amor ideal y una pasión desquiciante. Lo que en el relato extenso se estructura a modo de conflicto interior del narrador protagonista, aquí se exterioriza en un explícito triángulo amoroso del que no hay salida en el que se ven involucrados los prototipos de mujer señalados: la joven casta, enamorada fiel y la seductora traidora y apasionada, como en el relato citado, una no puede ser sin la otra. El protagonista plantea: “Siguió esta situación embarazosa que nos mantuvo a los tres en continua zozobra...”. (p. 75) En este cuento, a diferencia de en “La realidad” mueren ambas mujeres, la “novia” de tristeza y amor ante el abandono, la otra es asesinada por el protagonista en el instante en que la posee: “Caí sobre ella y hubo lucha y me presentó la garganta, la que apreté con extravío. [...] Gritó de dicha mientras moría. [...] Yo sentí palpitar en torno mío, el momento único de mi vida. No pude rechazarle. Me hundí en un bártro infernal y poseí aquel cuerpo muerto con un afán indescriptible. Después quedé vacío”. (p.77) El vacío que cierra la confesión del personaje da cuenta de la imposibilidad de vivir plenamente la sexualidad, ni dentro de las rígidas normas, ni liberado de ellas, el instante único de plenitud de su deseo es el que lo despoja de su ser, lo deja al borde de lo “humano”.

Dos presencias fantasmales enmarcan el periplo que pone en contacto ciudad y literatura, los personajes que pueblan los relatos trazan recorridos que mapean la urbe, el último, en una absurda crónica imposible clausura la palabra y el texto desde un cementerio: “¿Qué he sido hasta ahora? Recuerdo los hechos culminantes de mi vida y los encuentro débiles, huecos, adheridos a un disimulo sutil que suplían mi falta de sinceridad. Nunca tuve el valor de aceptar mi cuerpo íntimo tal cual lo sentía bajo la apariencia de lo real, no por carecer de intención, sino por un presentimiento agudísimo cuya verificación me horrorizaba”. (p.100)

Este personaje, como los que lo anteceden, viven errantes y en zozobra buscando



salvaguardar la soberanía de sus mundos interiores, todos parecen llevar la marca de Caín, quien en su destierro hacia el este del paraíso (oriente del Edén) construirá la primera ciudad, Enoc. Desde la intertextualidad con la biblia esta primera ciudad surge del proscrito, el expulsado y culpable que se aleja de Dios, la ciudad deviene un hogar para los que asumen su condición de exiliados del paraíso...

### **Obra edita de J.P. Bellan**

#### *Narrativa*

*Huerco*. Montevideo, O.M. Bertani, 1914.

*Doñarramona*. Montevideo, Claudio García, 1918. (Prólogo de Alberto Lasplaces)

*Primavera*. Montevideo, Alsina y Cía, 1920.

*Los amores de Juan Rivault*. Montevideo, s/e, 1922.

*El pecado de Alejandra Leonard*. Montevideo, Imprenta Nacional Colorada, 1926.

### **Bibliografía citada**

Achugar, Hugo. “Letras. La década del veinte: vanguardia y batllismo, el intelectual y el estado”.

En *Vida y Cultura en el Río de la Plata*, Tomo I, Autores Varios. Montevideo, Universidad de la República, Departamento de Publicaciones, 1987.

Barrán, José Pedro. *Amor y transgresión en Montevideo, 1919-1931*. Montevideo, Banda Oriental, 5ª ed 2005 (1ª 2001)

--- *Intimidación, Divorcio y nueva moral en el Uruguay del novecientos*. Montevideo, Banda Oriental, 2008.

Bataille, Georges. *El erotismo*. Barcelona, Tusquets editores, 1997.

Bordelois, Ivonne. *Etimología de las pasiones*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2006

Peruchena, Lourdes. “Buena madre y virtuosa ciudadana” *Maternidad y rol político en las mujeres de las élites (Uruguay, 1875-1905)*. Montevideo, Rebeca Linke editoras, 2010.

Rama, Ángel. *La ciudad Letrada*. Montevideo, Arca, 1998.

Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011.